

## CONFERENCIAS CÉLEBRES

Continuamos esta sección de la revista, dedicada a Conferencias célebres impartidas en la Universidad Autónoma de Madrid a lo largo de su historia, bien como Lecciones inaugurales de curso académico, o bien impartidas en su investidura por Doctores Honoris Causa nombrados por esta universidad. Se trata por tanto de conferencias con importantes contenidos relacionados con la ciencia y el progreso del conocimiento, e impartidas por personalidades ilustres del mundo académico, científico o social.

En esta ocasión publicamos el Discurso de Investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Madrid en 2002, de **D. Rafael Sánchez Ferlosio**, Novelista, ensayista y lingüista. Premio Cervantes 2004.

### DISCURSO DE INVESTIDURA COMO *DOCTOR HONORIS CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

de

**Rafael Sánchez Ferlosio**

*Novelista, ensayista y lingüista. Premio Cervantes 2004*

### LA HIJA DE LA GUERRA Y LA MADRE DE LA PATRIA

*Excmo. Sr. Rector Magnífico Autoridades académicas*

*Señoras y señores*

*Doctores Señoras y señores*

I. Nadie debería dejarse engañar por un recurso muy socorrido para salvar cierto tipo de malas pasiones, que consiste en rechazar como enfermas o aberrantes algunas manifestaciones "exageradas" de lo que ya es, por su propia naturaleza, aberración y enfermedad, con el efecto de que las formas más comunes y comedidas aparezcan como sanas y sensatas; para lo cual, lo primero que suele hacerse es sacarle un nombre peyorativo a la forma exagerada y malsana. Así, para desviar de sí toda mirada suspicaz y disipar cualquier desconfianza, fueron los propios patriotas los que, con certero instinto de conservación, acuñaron y lanzaron al acervo de la opinión pública el derivado peyorativo sacado de la misma raíz que "patriota", es decir: "patriotero". *Patriotero* fue el nombre del chivo expiatorio, del "farmakos" expulsado de la polis, llevándose consigo todos los males y pecados de la patria, la insania y el delirio congénitos de todo patriotismo, y dejando lavada de culpa y de impureza la imagen del patriota "verdadero", noble y generoso. De la misma manera, se les vino a las manos por sí sola, aunque de forma felizmente oportuna, la noción de "chovinismo", al punto reconocida y denunciada como una malformación patógena, frente a la cual se imponían medidas profilácticas de exclusión y de aislamiento, a fin de preservar al buen patriota y sobre todo ofrecer las mayores garantías sobre la normalidad y la salud de un patriotismo auténtico.

Pero la pretendida diferencia no viene a ser más que un arreglo ad hoc: tan auténtico es el patriotismo del patriotero o el chovinista como el del patriota; uno y el mismo es el germen que produce

la dolencia, por así decirlo, "crónica" y la "aguda"; no se trata siquiera de dos cepas afines, en que la benigna pudiese servir como vacuna contra la maligna, a tenor del clásico principio de la homeopatía: "Similia similibus curantur", que no ha dejado de esgrimir alguna vez en defensa del deporte. La mayor o menor virulencia del mal depende de factores externos, como la predisposición histórica o las circunstancias político-territoriales. Así, por ejemplo, un caso de patriotismo tan delirante -que bien merecería ser tenido por el dechado de "historismo histórico"- como el de que los reclutas del arma acorazada del ejército israelí suben a jurar bandera a lo alto de Masada, depende probablemente de las particulares circunstancias en que el sionismo quiso hacerse una patria en Palestina.

Creo que no se repara suficientemente en el desmedido grado de abstracción en que se acuñan los objetos de lo que suele llamarse "emocional", o sea en la superficialidad y la gratuidad de lo que se encarece como más íntimo y profundo, lo que "se lleva -como llegan a decir- en la masa de la sangre". Con gran desenvoltura se profiere la palabra "identidad", diciendo sin aprensión "búsqueda de identidad", "crisis de identidad" y hasta "déficit de identidad", como si el significado fuese de los de "ya sabes a lo que me refiero". Pero, puesto que "identidad" connota una relación entre dos cosas, habría que empezar por preguntarse por el trámite, activo o pasivo, de *la identificación*. En el caso de los reclutas israelíes, tal como indica el lugar de la jura y el lema inscrito en la medalla conmemorativa: "Siempre seremos libres, Masada no caerá otra vez", estamos ante un acto de identificación con vigor sacramental "sacramentum" llamaban los romanos al juramento militar-, en cuanto que "imprime carácter". Por el mismo conjuro que convoca en Masada el allí de entonces de cuando el relato de Flavio Josefo para traerlo e identificarlo con el aquí de ahora del momento de la jura, los reclutas se convierten en soldados mediante el carisma subrogatorio que los hace ser *los mismos* que los zelotes o sicarios de Eleazar. Pero si esta identidad sacramentalmente adquirida depende ex opere operantis de la pura voluntad de los sacramentados, la identidad no sólo es indiferente a lo remoto en el tiempo del correlato de la identificación, sino también a la verdad o falsedad de la propia historia que erige en fundamento de legitimidad. La identidad acaba por no ser más que el fetiche cuajado y proyectado por una determinada voluntad de identificación, y el más imperativo de tal clase de fetiches es, huelga decirlo, este que nos ocupa: el de la patria.

El patriotismo moderno fue engendrado en la Revolución Francesa y con un sentido originario vinculado con la guerra, bajo la idea de que el ejército era "la nación en armas". La Marsellesa fue la primera marcha militar que se hizo *himno*, o sea que tuvo letra y, cosa aún más relevante, en primera persona del plural, con la clara función ideológica de que los soldados se encarnasen en sujeto de la patria y detrás de ellos todo el pueblo del que procedían; y lo más grave es que se lo creyeron. La tricolor fue, por su parte, la primera bandera nacional. Y si parecen vagos o insuficientes estos datos, la magnitud de las guerras napoleónicas hace de aquel patriotismo el paradigma de todos los de la Edad Contemporánea. El éxito de este patriotismo fue tan asombroso que, no habiendo sido nunca ningún impuesto estatal bien acogido por el pueblo, lo fuese, en cambio, a veces con fervor, el que poco más tarde se llamaría "prix de sang", tributo de sangre, de la conscripción obligatoria, o que 55 años después de Waterloo, bajo un segundo imperio Bonaparte, opresor y corrompido, se diese un caso de tan delirante irrealidad como el de que bastase la noticia -ciertamente agravada por manipulación de Bismarck- de una ofensa del rey de Prusia al embajador francés para que todo París se lanzase a la calle al grito de "¡A Berlín!", que precipitaría la guerra del 70.

Si a una persona la diesen a leer el texto de una constitución, para saber qué le parece, y contestase: "Pues lo encuentro un proyecto sugestivo de vida en común", sería una alabanza un tanto sumaria y volátil; el célebre ortegajo, como definición de la patria, apenas podría ser adecuado, no sin el sobreañadido de un esfuerzo de buena voluntad, para ese novísimo embeleco del "patriotismo constitucional". Por el contrario, José Antonio Primo de Rivera dio de lleno en la verdad de la patria: "Unidad de destino en lo universal". Desdoblando "lo universal" en una cara diacrónica, que sería "lo histórico", y en una sincrónica, que sería "lo internacional", tenemos que la "unidad de destino" consiste en que todos los hijos de la patria participan, en régimen de indisoluble pro-indiviso, de una misma titularidad en los aconteceres de la historia y de su pragma constitutivo, que es la guerra. La patria es el sujeto de la guerra, y el destino común comporta que, en la victoria o la derrota, todos, combatientes y

no combatientes, supervivientes y muertos, reciben, de modo unívoco, la condición de vencedores o vencidos.

Que la patria no puede ser más que hija de la guerra -y da vergüenza repetir esta obviedad- también lo vio clarivamente Fanón, al decir que, aunque Francia se aviniese a conceder pacíficamente la independencia de Argelia, era preciso arrancársela con las armas. Difícilmente un irredentismo, en la medida en que quiere fundar su propia patria, aceptará la racionalidad del Gran Capitán en Garellano: "A enemigo que huye, puente de plata". No pocas veces se ha visto cómo un irredentismo recurre a acciones violentas contra el dominador expresamente dirigidas a impedirle que se marche por propia voluntad; no quiere que se vaya, quiere echarlo, porque una patria *otorgada* no es una patria, sólo lo es la alcanzada con la fuerza de las armas.

Por otra parte, cuando Kissinger estaba parlamentando en París con Le Duc To, aun sabiendo que la paz de Vietnam estaba hecha, hizo bombardear Haiphong y Hanoi, a fin de escenificar para los americanos la ficción de que las últimas concesiones habían sido arrancadas con los bombarderos, pues sólo así creía darles la impresión de haber logrado "una paz honrosa" -u "honorable", como se maltradujo entonces-, salvo que nadie se dejó engañar: un muchacho del Bronx al que le preguntaron si estaba satisfecho con el fin de la Guerra de Vietnam, contestó que sí a regañadientes y de mala gana y añadió acto seguido: "Pero a mí no me gusta perder, me gusta ganar", como si de su equipo de baloncesto se tratara. El propio Kissinger, explicando en otra ocasión sus criterios en la diplomacia, escribía: "Una política que persiga un acuerdo sin más chocará con el sentimiento de autoafirmación nacional", donde, desde una patria ya establecida, venía a darse la mano con Fanón, que hablaba de una patria por crear.

II. Es admirable ver a cuántos doctores, políticos o teólogos, a raíz de la conquista de las Yndias, les quitaba el sueño la salvación del alma del monarca-fuese rey o emperador, pues ya en 1515, Bartolomé de Las Casas, recibido en Plasencia por Fernando el Católico, al darle cuenta de los atropellos y muertes que contra los indios se perpetraban en las Antillas, le encarecía (con la expresiva rapidez, harto graciosa en este caso, de anteponer un adjetivo en singular para dos sustantivos diferentes) cómo aquel "era negocio que mucho importaba a su real conciencia y hacienda"<sup>1</sup>. Y todavía en 1551, fray Domingo de Soto, en el resumen que se le encargó sobre la controversia entre el propio Las Casas y el doctor Sepúlveda, daba entre otros motivos el siguiente: "examinar qué forma puede haber como quedan aquellas gentes sujetas a la majestad del Emperador, nuestro señor, sin lesión de su real conciencia"<sup>2</sup>, donde es de notar que en aquel año la conquista ya estaba hecha en su gran mayor parte y la dominación española establecida, de modo que el descargo de la "real conciencia" era, en verdad, una justificación post factum. Con más cínica lucidez describe, en Tito Livio, el pretor Annio Setino una operación análoga: "facile erit, explicatis consiliis, accommodare rebus uerba"<sup>3</sup>. Y ajustar las palabras a los hechos, después de tomada y hasta puesta en acción, la decisión del presidente es justamente lo que han hecho, quizá también para descargo de "la real conciencia y hacienda", esos 60 intelectuales, políticos y teólogos americanos que han compuesto, firmado y publicado la encíclica del 14 de febrero del 2002.

La encíclica, que con arreglo al uso consagrado debemos titular "Nonnumquam opus est", empieza por asentar cinco verdades cuya validez abarca o afecta a la humanidad entera y que después remite a las que los Padres Fundadores consideraron "evidentes en sí mismas", a título de "leyes de la Naturaleza y del Dios de la naturaleza", de donde los autores de la encíclica deriva la convicción de que "hay valores morales universales", para acabar exclamando más abajo: "Nosotros, americanos en tiempo de guerra y de crisis mundial, debemos encarecer que lo mejor de lo que llamamos demasiado pronto 'los valores americanos' no es patrimonio de la sola América sino la herencia común de la humanidad". De esta manera, los firmantes de la encíclica se autodesignan albaceas, oficiosa o tal vez hasta oficialmente acreditados, de un universalismo que, cabalgando alternativamente o a la vez la cabalgadura religiosa y la laica, o mejor dicho "humanista", que suena como más fino y respetable, decide por su

---

<sup>1</sup> Fray Bartolomé de Las Casas, "Historia de las Indias", lib. III, cap. LXXXIV.

<sup>2</sup> B.A.E., M. Rivadneyra, Madrid, 1873, tomo 65, pág. 199.

<sup>3</sup> "Ab urbe condita", lib. VIII, cap. IV.

propia voluntad anexionarse, siquiera espiritualmente (al menos por ahora), a todos los pueblos y a todos los dioses de este mundo, un poco a la manera de Wojtila, aunque éste lo haga por lo menos consultando por anticipado, pro mucho que no pueda ser más que muy someramente ya que otra cosa sería aventurarse por escabrosidades infranqueables, a rabinos, popes, lamas, imames, archimandritas o bramanes de buena voluntad. "Todos los hombres de buena voluntad" dicen literalmente nuestros 60 doctores y teólogos para designar a los que dan por automáticamente anexionados (sólo en espíritu al menos de momento) a su universalismo. La encíclica es, así pues, literalmente, una declaración positiva y axiomática de teodicea general, y al mismo tiempo, derivadamente, un programa escatológico.

En cuanto al pasaje en que la encíclica señala cuatro "escuelas intelectuales y morales" sobre la guerra, la primera de ellas, impugnada como "realismo", parecería en principio estar mirando de reojo a Max Weber, pero en probable inspirador de tal pasaje, el firmante Michael Walzer,<sup>4</sup> no lo tiene siquiera en el índice de autores de su obra "Guerras justas e injustas". Lo digo por ciertos pasajes de Weber como el siguiente, referido al cristianismo: "La contradicción entre la prédica de la fraternidad de los compañeros y la glorificación de la guerra contra los de fuera no suele ser muy decisiva en una desvalorización de las virtudes guerreras, pues el rodeo salvador fue la distinción entre guerras 'justas' e 'injustas' —un producto farisaico desconocido por la antigua y auténtica ética de guerra"<sup>5</sup>, donde bien puede verse cómo Weber se muestra, cuando menos, despreciativo, por decir poco, hacia la distinción adoptada, ya en el título, por la obra de Walzer. Otro pasaje más explícito es este: "En última instancia, el éxito de la violencia y de la coacción con la violencia depende, naturalmente, de las relaciones de poder y no de un 'Derecho' ético, aunque parezca que es posible encontrar criterios objetivos para él. / En todo caso, a cualquier racionalización religiosa doctrinalmente consecuente debe parecerle un mero remedo de la ética el fenómeno, típico precisamente del Estado racional, que consiste frente al ingenuo heroísmo primitivo- en que cada uno de los individuos o grupos detentadores del poder participen en la lucha violenta sinceramente convencidos de 'tener razón'"<sup>6</sup>; pasaje en que conviene hacer notar cómo no es tanto la guerra, sino la ética lo que Weber se toma más en serio que los moralistas ad hoc de nuestra encíclica. Y justamente en ese deplorado "remedo de la ética" se anticipa uno de los pasajes más famosos y citados de toda la obra de Max Weber, que parece venir como de molde para calificar la actitud y la intención de la *Nonnumquam opus est*: aquel en que se refiere al que llama "vicio clerical de querer tener razón", que tiene por resultado lo que, unas líneas más abajo, describe como "utilización de la 'ética' como instrumento para tener razón".<sup>7</sup>

Pero es el propio Walzer el que inadvertidamente abre la puerta al fundamento de la actitud de Weber frente a la idea de "guerra justa", concretamente donde, anticipando su programa, dice así: "abordaré la cuestión de los medios legítimos para hacer la guerra (se refiere a lo que la Escolástica tomista designaba como "ius in bello"), detallaré sus reglas principales y mostraré cómo han de aplicarse esas reglas en las *condiciones que define el combate*, así como la posibilidad que hay de *modificarlas en función de la "necesidad militar"*<sup>8</sup> (cursiva mía). Tanto "las condiciones que definen el combate" como "la necesidad militar" son variables que se complementan para dar al "ius in bello" un grado de contingencia incompatible con la idea misma de "ius". La "necesidad militar" se refiere a una "constante" inamovible: la irrenunciabilidad del fin, o sea de la victoria; pero si ésta se fija como un designio fáctico imperativa- mente omnímodo, ocupando virtualmente el lugar de ley incondicionada y absoluta a la que se subordinan y tienen que ajustarse todas las reglas para hacer el menor daño posible necesario, el pretendido ius in bello se reduce a una serie de recomendaciones prudenciales semejantes a los consejos tendentes a atenuar al máximo el arbitrio personal en las actuaciones policíacas inmersas en el continuo espacio-temporal, que entran en lo que se designa como "discrecionalidad"; recomendaciones prudenciales, que, desde el momento en que se acepte la conveniencia de que haya policía, no pueden

---

<sup>4</sup> Confirmaría la "inspiración" de Walzer el que el término "realismo" aparezca en su obra como nombre de una escuela.

<sup>5</sup> "Economía y sociedad", Segunda parte, Cap. V, § 11.

<sup>6</sup> "Ensayos sobre sociología de la religión", Tercera parte -"Confucianismo y taoísmo"-, Excurso, § 3, apartado b), Tomo I de la versión castellana en Taurus Ediciones S. A., Madrid, 1983.

<sup>7</sup> "La política como vocación", 1919.

<sup>8</sup> Michel Walzer, "Guerras justas e injustas", versión castellana de Ediciones Paidós Ibérica S. A., Barcelona, 2001, pág. 52.

en modo alguno desdeñar, pero son irreductibles al concepto de "derecho"; en mucho mayor grado lo será cualquier *ius in bello* que no incluya la eventual alternativa de renunciar a la victoria.

En lo que se refiere a la calificación de "guerra justa", ahora con arreglo al *ius ad bellum*, para la ya decidida y empezada por el presidente, nuestra encíclica cita la opinión de un otrora ayudante de un secretario general de la ONU de que hacer de ésta, que llama 'deseñada imitación de Estado', una instancia capaz de dictaminar internacionalmente sobre la justicia del uso de la fuerza sería, en palabras del mismo funcionario, "una opción suicida, con lo que los doctores y teólogos autores de la encíclica se remiten, aun sin citar, a la maciza doctrina de Santo Tomás sobre las condiciones obligadas para la "guerra justa", apelando a la de que sólo puede serlo la acometida "por mandato del príncipe legítimo", lo cual implica la reivindicación de la total e incondicionada soberanía de cada Estado singular, descartando anticipadamente y acaso también deslegitimando retroactivamente todo posible intento de mediación internacional. A esto sigue, en verdad, un inciso en el que se matiza la noción tomista de "príncipe legítimo" o mandatario equivalente: no lo son desde luego los hoy tan socorridos "señores de la guerra" —que quedan, por lo demás, sin definir, salvo caracterizando sus guerras como "guerras privadas", noción, a su vez, no menos necesitada de definición-, pero sí, en cambio, los que merecen salvedades eximentes en una brevísima casuística, que no hace falta ser muy malicioso para ver hasta qué punto está elegida ad hoc: la guerra de la Independencia americana y la rebelión del gueto de Varsovia.

La encíclica se aferra también a las tres condiciones, dos de manera explícita y la otra tácitamente sugerida por la actitud del texto, que confieren a los Estados Unidos la prerrogativa o, si se quiere, la responsabilidad, de erigirse en adalides de la verdad universal y de la lucha contra los que la amenazan. La primera, el haber sido destinatarios de la agresión inicial contra esa verdad, que es a la vez contra la libertad y la democracia, contra los valores de Occidente y al fin contra la civilización y contra la humanidad, por cuanto infringe, zahiere y escarnece los principios esenciales compartidos por todas las religiones o culturas existentes; la segunda es la de ser el pueblo americano, como con merecido orgullo proclama la *Nonnumquam*, "el pueblo más religioso de este mundo". Prerrogativas, ya que no privilegios usurpados, para constituirse en paladines de la "verdad moral universal" -como literalmente dice el texto- y de ese Dios virtualmente unificado o, por decirlo más atenuadamente, "homologado", como gustan de decir los periodistas deportivos, por la convergencia, todavía apenas vagamente insinuada al horizonte, de los distintos dioses positivos de "todos los hombres de buena voluntad, a los que la encíclica invita con fervor a incorporarse, en este trance amargo y peligroso para todos, a lo que suele designarse como "rearme moral", cuya punta de lanza -y aquí la tercera condición, sólo tácitamente sugerida, que confiere a Norteamérica la prerrogativa de adalid- es, por supuesto, como todos han tenido ocasión de admirar últimamente, el bombardero.

Ya este respecto, me parece oportuno recordar que la Guerra de Afganistán ha tenido una segunda utilidad seguramente ya prevista por las autoridades del Estado americano: la de servir de campo de experimentación del armamento, casi exclusivamente aéreo, tal como ya ocurrió en otro conflicto de baja intensidad: el ataque a Panamá, donde el 4º de los fines públicamente declarados fue el de probar el entonces nuevo bombardero *Stealthy* "en combate real", como gustan decir los estrategas, con el bombardeo del barrio de El Chorrillo, bajo el intento de cazar allí a Noriega, con un número de muertos, sólo estimado -pues nunca se hizo una cuenta algo más aproximada- como entre poco menos de un tercio y poco más de dos tercios de los que se han calculado en el derrumbamiento de los dos rascacielos iguales de New York. Sobre los resultados del experimento de Afganistán, ante un auditorio de militares en Charleston, el presidente dijo así: "Cien días de operaciones en los cielos de Afganistán nos han enseñado sobre el futuro de nuestra fuerza aérea más que todo un decenio de conversaciones acerca de la defensa", y revelaba la siguiente conclusión: "Hemos entrado en una era en la que toda clase de aviones sin piloto va a tener una importancia acrecentada en el aire, en la tierra, en la mar y en el espacio", confirmando con ello la opinión del general Jumper, jefe del estado mayor de la aviación americana, para animar a empresas como Boeing, Lockheed Martin, Northrop Gunman o General Atomic a lanzarse al estudio y desarrollo de este tipo de productos. Los experimentos de Afganistán han demostrado la eficacia de dos aviones sin piloto: el *Global Hawk*, no armado, para misiones de reconocimiento de larga

duración, y el Predator A, como lanzadera para dos misiles Hellfire o sea Fuego del Infierno-, lo que ha hecho reorientar las asignaciones del nuevo presupuesto armamentista hacia un nuevo Global Hawk, esta vez armado con dos bombas de 250 kilos o cuatro de 125, y hacia un Predator B, capaz de mantenerse en el aire de 24 a 26 horas a 20.000 metros de altitud y capaz de lanzar hasta 14 misiles una vez identificado el objetivo. Los criterios determinantes han sido el de reducir al mínimo el intervalo entre la localización del objetivo y el acto de su destrucción y el de llevar al máximo el tiempo de permanencia en el aire, cosa que, a causa de la natural fatiga de un piloto humano, no puede permitirse ningún avión tripulado, que, además, le sale muchísimo más caro al Estado y, derivadamente, a los contribuyentes.<sup>9</sup>

III. Sobre la industria de armamento en general, dejo de lado los intereses económicos, que ya supongo que deben de ser grandes y determinantes, tal como hace 50 años amonestaba el general Eisenhower con su frase del "complejo militar-industrial"; tampoco hablaré del afán de "potencia" (*Gewalt*, opuesto a *Macht*, en la distinción de Hannah Arendt), como tal afán en sí mismo, sino de un acicate interior, inherente al proceso de invención e innovación, que lo acompaña y favorece: el componente lúdico de la investigación tecnológica, que convierte la actividad del inventor en una pasión poderosamente compulsiva, en un juego al que no puede dejar de jugar. Pero si a ello se añaden costosísimas instalaciones, cuerpos de expertos, con toda clase de empleados auxiliares, predispuestos para una actividad que ya se da por permanente (porque están lejos los tiempos en que el riesgo de guerra obligaba a improvisar en un granero manufacturas de pólvora o fusiles), entonces se invierte -como, por lo demás, en toda producción industrial- la analogía imaginaria con la ley biológica de que la función crea el órgano y pasa a ser el órgano el que presiona fuertemente sobre la función. La sensatez, que es pura ideología, se resiste denodadamente a ver la autónoma gratuidad de la razón instrumental, sobre todo donde ésta suscita la escabrosa sospecha de que las armas puedan ser causa de la guerra.

Al acicate de la pasión tecnológica nos remite Tzvetan Todorov a propósito del fin de la II Guerra Mundial, diciendo lo siguiente: "Robert Oppenheimer, que dirigía el proyecto, explicó unos años más tarde: 'A mi entender, cuando se ve algo que es técnicamente seductor, te lanzas y lo haces; las preguntas sobre lo que se hará con ello se hacen sólo después de haber alcanzado el éxito técnico. Así fueron las cosas con la bomba atómica'. Y, más abajo, sigue Todorov: "Un impulso semejante, aunque más esparcido, caracteriza toda burocracia, y aquí, más particularmente, la burocracia militar. Habría podido pensarse que, al estar concebida la bomba como una protección contra Hitler, se renunciara a usarla tras la derrota de éste, pero esto es algo inconcebible para el pensamiento instrumental y burocrático: puesto que el proyecto se ha empezado, hay que llevarlo hasta el fin. Oppenheimer declara después de la guerra: 'No creo que nunca hayamos trabajado con mayor intensidad y rapidez que tras la capitulación de Alemania'. Se apresuraban, en efecto, porque temían que la guerra se acabara antes de haber logrado poner a punto su hermoso invento. El mando militar, por su parte, quería que no fuese la negociación sino la intervención armada lo que llevase la guerra a su triunfal terminación"<sup>10</sup> Hasta aquí Todorov. Pero hay un punto más, que me parece decisivo: los Estados Unidos habían comprobado el éxito de la invención el 16 de julio de 1945 con una explosión en el desierto de Nuevo Méjico, pero ¿qué significaba un gran estruendo en medio del desierto? Nada distinto de un posible, aunque insólito fenómeno de la Naturaleza, y ellos necesitaban que la bomba atómica, dicho con todo el énfasis que aquí hace al caso, "entrara en la Historia", y sólo entra de veras en la historia lo que lo hace por la puerta grande de su argumento capital: la guerra. Y tanto más si, por añadidura, decide la victoria.

IV. Tomaré ahora una frase del presidente Bush, que, entre otras muchas, merece ser analizada detenidamente; es esta: "La historia nos ha dado una oportunidad de defender la libertad y combatir la tiranía y eso es exactamente lo que vamos a hacer". Nótese que no dice "nos ha confiado la misión", que tendría un sentido más general, sino "nos ha dado la oportunidad", estrechamente inmediato y ocasional,

---

<sup>9</sup> Informaciones extractadas de un artículo de Jacques Isnard, aparecido en el diario *Le Monde* de fecha 30-31 de diciembre del 2001.

<sup>10</sup> Tzvetan Todorov, "Memoria del mal, tentación del bien", versión castellana de Ediciones Península, S. A., Barcelona, 2002, págs. 280-1.

con lo que la "oportunidad" no puede referirse más que al atentado que ha destruido los dos rascacielos iguales. El efecto de ese atentado, empezando por las dos cámaras reunidas en el Capitolio, que aprobaron clamorosamente la concesión de poderes de guerra al presidente e instantáneamente seguidas por la inmensa mayoría de la nación, fue el desencadenamiento de una ola de patriotismo nunca antes conocida en un trance semejante y que ya habrían deseado conseguir no sólo Wilson en abril de 1917, sino incluso el propio Roosevelt en diciembre de 1941. El ilustre comentarista francés K. S. Karol se deja llevar por la repugnancia que, por lo demás, comparto plenamente ante un segundo espectáculo semejante al mencionado, dado en el Capitolio con ocasión del discurso sobre el estado de la Unión, haciendo el juicio de valor de llamarlo "espectáculo aterrador de histeria colectiva", donde yo, sin embargo, cambiaría la airada calificación de "histeria", por la que creo más objetiva y menos pasional, o sea por "euforia". Una tal explosión de patriotismo, en que la patria se demuestra, de modo indiscutible, hija congénita de la guerra, es la explosión de una droga euforizante que manifiesta hasta qué punto la guerra es el momento de plenitud de un pueblo en cuanto pueblo, de una nación como nación. Lo que ahora importa considerar es qué resorte ha convertido la destrucción de los dos rascacielos iguales en espoleta de tamaña explosión de patriotismo y a qué título ha permitido al presidente estimarla como "una oportunidad dada por la historia para defender la libertad y combatir la tiranía".

Empezando por esto último, la "oportunidad" a la que el presidente se refiere es, en primer lugar la suya personal de tener en sus manos los poderes de guerra, con la aprobación entusiasta de las cámaras y el apoyo inmensamente mayoritario de la nación entera, que -a semejanza del multitudinario grito parisino: "¡A Berlín!", que fue el clamor popular que necesitaba y al mismo tiempo hacía necesaria la guerra del 70- le permite decirse con razón: "La patria es la que lo quiere y la que me lo ha dado", aunque él estime más conforme con el estilo de un gran estadista atribuírselo a la historia. En cuanto a lo primero, responde al inmensamente poderoso efecto de catarsis, con el correspondiente sentimiento de estado de gracia de toda la nación, que es capaz de producir la condición de víctima de una agresión tan inesperada y repentina como tremendamente mortífera. La sinrazón del agravio padecido provoca en el agraviado no sólo un sentimiento de inocencia que, a manera de indulgencia plenaria, se hace inmediatamente extensivo a la totalidad de su conciencia, como una purificación completa sin residuo alguno, sino que engendra a la vez, como contrapartida, el correlato positivo de sentirse "cargado de razón", que, en la contabilidad de la conciencia adquiere, bajo la relación de equivalente, la forma de adquisición de un "capital moral". Nadie ha acertado a expresarlo con tan candorosa ingenuidad como un columnista de un diario madrileño: "Pero Estados Unidos escribía- no puede disparar contra el primer sospechoso sin perder la superioridad moral que le ha dado ser víctima de este ataque asesino". Traduce certeramente lo que yo llamo "capital moral" por "superioridad moral", pues esa superioridad connota la exacta relación contable de que ese capital que ingresa en el HABER de la cuenta moral del agraviado se corresponde con un equivalente que se carga en calidad de DEBE en la del ofensor y por tanto con el legítimo derecho del primero a resarcirse de la diferencia a expensas del segundo. Añadamos de pasada que la venganza se satisface justamente acumulando contra el ofensor méritos suficientes hasta hacerse, o haber sido, si lo miramos retroactivamente, merecedor del agravio padecido. Y recordando la frase de Roman Gary, citada por Todorov<sup>11</sup>, <sup>12</sup>de que "cuando la guerra se ha ganado, los vencidos quedan liberados, no los vencedores", digamos también que nada hay más peligroso para uno que estar cargado de razón ni nadie más peligroso para los demás que el que está cargado de razón.

El clamor popular que el presidente transfiguró en oportunidad dada por la historia para defender la libertad y combatir la tiranía era cruda y desnuda sed de venganza y la explosión de patriotismo era la euforia desencadenada por la determinación de satisfacerla; de satisfacer lo que Kissinger llamaba, con lenguaje de psicólogo, "el sentimiento de autoafirmación nacional". En cuanto a la incalificable obscenidad del chiste populista del Wanted con la cara de jeque pegado por todas las paredes del país, responde al hecho de que para la elementalidad del alma americana la mayor eficacia publicitaria se alcanza en estos casos con la individuación del enemigo en un sujeto singular con rostro y nombre; así

---

<sup>11</sup> Como habría podido decir Max Weber en alguna de las peores tardes de su vida, como aquella de la conferencia dada en Múnich el 22 de octubre de 1916.

<sup>12</sup> Todorov, *op. cit.*, pág. 261.

parece mostrarlo, en el sentido inverso, el comentario de una señora que había perdido a su marido en el atentado de Nueva York, tras la emisión del video que mostraba al jeque celebrando su hazaña: "Así que este hombre estaba ya pensando una semana antes en asesinar a Mike" (la cita no es literal en cuanto al nombre del marido). Por otra parte, aquel video suscitó aun mayor escándalo al presentar al jeque contando entre sonrisas de satisfacción la eficacia del atentado; tal actitud es parecía incluso más perversa que los hechos mismos, como si no se les alcanzase que cualquier persona que se ha pro- puesto un fin, por muy malvado que sea, no dejará de sentirse satisfecho ante el éxito logrado. Pues ¿cómo se figuraban que se había recibido en el Pentágono y en la Casa Blanca la noticia del éxito de Hiroshima?

Por otra parte, la inmediata eficacia publicitaria de la individuación del enemigo en un rostro y un nombre singular tenía la contrapartida de un riesgo previsible: al explotar ese recurso con el fin de conseguir el máximo grado de adhesión popular para la guerra poniendo incluso como objetivo principal la captura o la muerte de ese hombre, con que se siguió cebando durante un cierto tiempo la pasión vengativa del país, se presentaba la dificultad de que ese fin puntual pudiese retrasarse, tal como de hecho acabó por ocurrir, con lo que se hizo preciso reconducir las expectativas populares. Y así, por boca de Wolfowitz, empezó a rebajarse ese objetivo a la categoría de "simbólico". Los que pagaron por ello acabaron por ser los deportados a Guantánamo: arrojando el previsible -farisaico- escándalo de los europeos, decidieron hacer públicas las fotografías, como un sustitutivo dirigido a compensar la fallida captura del jeque principal; y ni siquiera puede excluirse que de hecho los trataran bastante mejor que lo que las fotografías querían hacer creer, pero sólo mostrándolos como inhumanamente vejados, encadenados, arrodillados y maltratados hasta el borde de la tortura creían poder alcanzar el fin probablemente pretendido con tal exhibición: el de aplacar, a falta del gran jeque, la sed de venganza del pueblo americano.

V. En los antiguos cuentos infantiles, en las novelas de género, en las películas de terror, donde la ficción lo ha explotado como un elemento de placer, el miedo ha demostrado su carácter de emoción ambivalente. Por eso yo no creo que el miedo público, propagandísticamente puesto a rendimiento por un gobierno seguramente no menos imbuido en esa ambivalencia emocional, ni aun en los casos en que parezca más desproporcionado, tenga tanto de delirio paranoico como de sugestión lúdica, subliminalmente placentera. De sus derivaciones en la fantasía, bajo el impulso de representarse un maligno adecuadamente sombrío, alevoso, inteligente, floreció en seguida una escuela de dibujantes que podría llamarse "neo-piranesiana", aunque de gusto no tan retórico y espectacular como el del viejo maestro Piranesi, sino más utilitarista y funcional: se dibujaron, en sección vertical, complicadas instalaciones de muchos pisos vaciadas en la piedra montaña adentro y dotadas de toda suerte de adelantos tecnológicos, donde el Jeque del Mal gobernaba, elegante, pensativo, melancólico, como un Capitán Nemo, salvo que no de las aguas abisales de Océano, sino de las profundas entrañas de la roca. Tan infantiles inventos de tebeo debían de satisfacer muy bien la ambivalente concupiscencia popular hacia los miedos y las fobias. Después ha venido a saberse que el gobierno al que tales fantasías soterrañas ayudaban a agigantar la imagen del maligno, la magnitud de su poder y la invisible ubicuidad de su amenaza, con el fin de exacerbar y de atraerse el patriotismo nacional y extorsionar conminatoriamente: "Conmigo o contra mí", a todas las naciones: a las aliadas, de las que sólo quería complicidad en la culpa, no en los hechos, como ha mostrado al rechazar cualquier ayuda relevante, y a las demás, amonestándoles que no se equivocasen sobre lo que les esperaba de no tomar en serio sus palabras, ese mismo gobierno, mire usted por dónde, ha resultado ser el que realmente disponía de tal clase de delirantes instalaciones subterráneas, a las que había vuelto a poner en funcionamiento para albergar un ultrasecreto y permanente "gobierno en la sombra". Aunque tampoco puede excluirse que el secreto sea, en verdad, el de que no hay tal gobierno en la sombra y allí tan sólo vivan, como en el hotel de "El resplendor", el guarda y su familia, porque los que han multiplicado por mil o por diez mil la amenaza del maligno, poniéndola a la medida de su propia borrachera de grandeza histórica, hasta elevarla a "amenaza mundial", para poder amenazar con ella al mundo entero, acaso hayan pensado que fingiéndose plenamente convencidos serían más convincentes para los demás. La hipótesis del guarda tal vez sea un cierto exceso de suspicacia por mi parte; también podrían haber metido un centenar de extras de cine en paro, pero ¿para qué, si nadie lo iba a ver?



En cuanto a los bombardeos que se han podido ver por la pantalla como una sucesión de altísimas columnas de humo separadas por trechos regulares a lo largo de una línea recta como de unos 3 ó 4 kilómetros -no sabría yo calcular-, que hacían pensar que algunas o muchas de ellas debían de estallar en un rodal totalmente vacío, serían probablemente un espectáculo destinado a satisfacer lo que Susan Sontag ha llamado "la lujuria que la opinión pública (americana) siente por los bombardeos en masa". Y a propósito de esta interpretación de Sontag, conviene recordar cómo al presentar a Don Quijote, en el arranque de su primera salida, leyendo, *como en fantasía*, lo que sobre aquel mismo momento inaugural de su epopeya escribiría "en los venideros tiempos" el que contase "la verdadera historia de sus (mis) famosos hechos"<sup>13</sup>, el felicísimo talento de Cervantes, al poner de este modo la aventura de su héroe bajo el signo inequívoco de "aventura estética", adivinaba el principio de que toda estética es una antigua ética. Este mismo principio podría aplicarse, a mi entender, al caso de la ética heroica y pistolera de la conquista del Far West, del Destino Manifiesto, que, al perpetuarse bajo la forma de estética popular en las novelas y en las películas del Oeste, ha dado lugar a que todavía se conserve, incluso tan a destiempo y tan gratuitamente como hoy, entre los americanos, mucho más que en cualquier otro país, el prestigio y el culto de la violencia y de las armas. Sería esta misma, prestigiosa, estética la que, en el orden de lo internacional, hace que la gran mayoría de los americanos no encuentre más que un motivo de autocomplacencia al verse en el espejo con la imagen de "la nación más poderosa del planeta", scilicet "la más bendecida por Dios a lo largo de la historia". Respeto de la fuerza del país, la muy minoritaria y ya citada Sontag confesaba su sentir en este inciso: "cosa que al menos yo no veo tan plenamente confortante".

Volviendo a los bombardeos, he de decir que, bajo cierto aspecto peculiar, hay un prejuicio de la sensibilidad, incluso más propio de antiguo guerrero que de moderno pacifista, frente a la inmunidad del bombardero, que contra un enemigo incomparablemente más débil puede alcanzar el desideratum de "bajas cero", por decirlo en la gélida jerga de la guerra actual. Y si hablo de "prejuicio de sensibilidad" es porque ese ideal no sólo está defendido por una racionalidad inatacable: ¿qué huete rechazaría garantizarse la victoria con un daño propio que tendiese a cero?, sino que incluso está implícitamente prefigurado en una de las condiciones necesarias para la "guerra justa" de los tratadistas cristianos: la de que haya un alto grado de probabilidad de la victoria, que fray Tomás de Vío, el cardenal Cayetano, lleva al extremo de exigirla como total certeza. Pero ni aun ante el incontestable rigor racional del argumento logra la sensibilidad aplacar del todo la sorda turbación que le produce la especial inmunidad del bombardero; se trata de un desasosiego que no encuentra palabras con las que explicarse ni menos todavía justificarse, salvo que no puede reprimir el sentimiento de que una tal inmunidad le resulte tan hiriente como una olímpica y abusiva impunidad.

Naturalmente, si aplicamos el criterio escolástico de la guerra justa en lo que atañe al citado punto de que para serlo tiene que darse un alto grado de probabilidad de la victoria, según el padre Suárez, o la plena seguridad, según el cardenal Cayetano, jamás han visto los cielos una guerra más ignominiosamente injusta por la parte de los talibanes ni más aplastantemente justa por la de los americanos.

Dios da la victoria a los justos. Y en cuanto al desconcierto que puede producir en ocasiones un resultado inverso, fue al veterano senador socialista don José Prat, presidente del Ateneo cuando yo lo conocí, al que le oí una vez, ante un auditorio público, citar una sentencia que daba una salida, siquiera perentoria, para uno de esos casos de resultado inverso, precisamente entre moros y cristianos: "Vinieron los sarracenos / y nos molieron a palos, / que Dios apoya a los malos / cuando son más que los buenos".

---

<sup>13</sup> Miguel de Cervantes, "El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha", Primera parte, capítulo II.